

Santiago, 2 de Diciembre de 1965.

Exmo. Sr.
Eduardo Frei M.
Presente.

Querido Presidente,

muchas gracias por su carta de ayer. Naturalmente, no pongo en duda ninguna de sus palabras. Pero no le sería franco si no le dijera que para mí queda una interrogante: lo conversado con Lorca es que postergue su regreso "por unos días más", como quien dice, por una semana, o que se quede "hasta el término del período de la Asamblea".

Lo que Ud. y yo hablamos ayer en la mañana fué lo primero. Por lo menos, así lo entendí yo. Pero Papic declaró enfáticamente que Ud. le había asegurado que Lorca no regresaba hasta el fin de su misión, y de nuestra conversación telefónica de ayer en la tarde me quedó pensando la idea de que Papic puede haber entendido eso. El cable que recibí de Lorca me hace pensar que éste entendió lo mismo, pues pide autorización para permanecer "hasta el término de su período".

Yo lamento mucho, Presidente, estar ocasionándole un nuevo problema; pero la situación política es muy clara. Para todo el mundo político -ese pequeño mundo que cada día me repugna más- el Presidente del Partido ha sido desautorizado por el Presidente de la República. Bastó que el Sr. Papic, que no oculta ante nadie su enemistad con el Gobierno, que viaja a sus provincias a hablar contra el Gobierno, que se da el lujo de mandar recados insolentes al Presidente de la República y que, para colmo, es bajo muchos aspectos un individuo dudoso, amenazara con renunciar a la Presidencia que desempeña de la Cámara de Diputados, para que el Presidente de la República lo llamara y le garantizara que Lorca no vuelve. Le repito, Presidente: no es que yo crea esto; pero es lo que Papic dice y lo que, desgraciadamente, cree la gente. Lo creen los diputados del Partido. Lo creen los periodistas. Y naturalmente deben creerlo nuestros adversarios políticos. De ahí que ayer en la tarde se diere como un hecho mi renuncia a la Presidencia del Partido, especie que ignoro de donde saldría. Entre 8 y 10 de la noche, recibí cuatro llamados periodísticos preguntandome si era o no cierto que estaba renunciando. Naturalmente, desmentí la especie, que alguien echó a correr y que, por los antecedentes, aparece verosímil.

Ud. no recalca mucho que procedimos de acuerdo. Es cierto. Pero nuestro acuerdo se refirió al llamado a Lorca y la postergación de su regreso por algunos días. Lamentablemente, se interpuso su audiencia al sr. Papic. Si se había dejado pasar tantos días, según él dice, sin que se le diera audiencia ¿qué necesidad había de dársela precisamente ayer, cuando sin lugar a dudas plantearía este asunto?

Es posible, Presidente, que yo haya cometido un error al llamar a Lorca y al hacerlo sin previa autorización suya. Pero su audiencia ayer al sr. Papic, en esas circunstancias, fué sin duda otro error.

¿Cómo salimos de este embrollo?

Créame que soy cien por cien sincero al decirle que no hago cuestión de amor propio. Sé que el que entra en estas lides no tiene derecho, si quiere servir lealmente a su causa, a pensar en su persona. El problema es otro. Es un problema de autoridad. ¿Quién manda en el Partido? ¿Quién influye en el Gobierno?

La Directiva que presido se ha esforzado por "cuadrar al Partido con el Gobierno". Para eso ha tenido que realizar una tarea larga y difícilísima de convencimiento y superación de dificultades. En todo su curso, durante cuatro meses, hemos procurado no crearle "un sólo problema" al Gobierno. Ninguna petición, ninguna exigencia. Pura y simplemente: colaboración.

A pesar de que esta línea es poco simpática para las bases, la Directiva se ha ido afirmando. Al ser elegida, salió apenas. No teníamos ninguna autoridad. En el curso de estos cuatro meses, sin hacer concesiones a la demagogia, actuando con firmeza y prudencia a la vez, hemos consolidado nuestra posición, y creimos llegado el momento de empezar a "apretar" a los elementos que juegan chueco. Porque para mí es evidente que Jerez y su grupo juegan chueco. Actúan no sólo demagógicamente, sino también en forma desleal. La reciente carta pública de Jerez a Molina es una muestra clara.

El llamado a Lorca fué un primer acto de "apriete". Habíamos preparado el terreno, mediante la acción de un grupo de diputados decididamente "gobiernistas". Yo me aprontaba para exigir a Jerez explicaciones por su carta a Molina, que lo pilla en mala posición.

Es decir, Presidente, la Directiva estaba empezando

a sujetar las riendas. La imagen externa es hasta ahora que el que verdaderamente manda en el Partido es Jerez. Su grupo es el que plantea problemas, crea hechos consumados y fuerza a la Directiva a seguirlo. Ahora nosotros íbamos a demostrar lo contrario.

¿Qué pasa ahora?

Que si Lorca no vuelve hasta el término de la Asamblea de las Naciones Unidas, la Directiva queda nuevamente debilitada. Y ahora mucho peor que antes. La imagen pública será que bastó una encachada de Papic para que se le doblara la mano a la Directiva. En estas circunstancias ¿tendremos autoridad moral para seguir dirigiendo el Partido? ¿La tendremos para aplicar mano dura, como Ud. en varias oportunidades nos ha pedido?

Ahora bien, Presidente. Si sólo se tratara de un problema de la Directiva del Partido, talvez no tendría mayor importancia. Pero lo que está en definitiva en juego es la autoridad del Gobierno y especialmente la suya, Presidente.

Porque en este caso, aunque el aparentemente derrotado soy yo, el derrotado de fondo es Ud.- Para todo el mundo, yo soy "hombre suyo". Si a mí me quiebran la mano, se la quiebran a Ud.-

El drama de su Gobierno, Presidente, es que no da la sensación de fuerza. El Partido es débil y el Gobierno también. Y aunque Ud. sigue siendo muy popular, está empezando nuevamente a circular la versión, que fue un viejo argumento en su contra, superado durante la campaña, de que Ud. es débil. Se le tilda de indeciso, vacilante, poco enérgico. Y al pueblo de Chile le gustan los Presidentes mandones, fuertes. Le gusta que lo manden.

La semana pasada le decía, Presidente, que para desvanecer la imagen de debilidad tiene que empezar Ud. por ser enérgico. En la medida que el país lo vea a Ud. duro, intransigente, firme, su Gobierno será fuerte y el propio Partido se cuadrará. Si Ud. aparece débil, el Gobierno y el Partido se debilitan.

Perdóneme, mi querido Presidente, que aumente sus problemas. Pero para mí, esto es un síntoma. En su trato con Papic, en el sólo hecho de recibirlo en este momento y darle la posibilidad de hacer lo que hizo, Ud. ha aparecido débil.

Es Ud., Presidente, quien tiene la palabra. La Mesa del Partido ha elaborado a medias todo un plan de acción, para

robustecer al Gobierno dentro del Partido y en el sector popular, y poner en vereda a los indisciplinados. Ese plan exige algunas concesiones de parte del Gobierno, que pensábamos plantearse los estos días, tan pronto yo reasumiera. Pero exige, sobre todo, que Ud. se ponga duro.

Creo que ha llegado el momento de que tomemos una decisión a este respecto. Si seguiremos una política de dureza, o si optaremos por una política de conciliación interna. Y según cual sea esa decisión, serán los equipos que deban actuar.

Pero esto tiene que ser ahora, ya. Lo demás es perder un tiempo precioso y prolongar una indefinición que perjudica al Partido y principalmente al Gobierno.

Reiterándome a sus órdenes, camarada y amigo, lo saluda muy cordialmente su afmo.